

Recordando a Manuel *Manolo* Meda Vidal (1934–2016). Un testimonio de Jesús Alfonso Riestra

Jesús Alfonso Riestra

Departamento de Matemática Educativa
Cinvestav, IPN
riestra@cinvestav.mx

Manolo y la generación 64-67

Pertenecí a la generación 64-67 de la Escuela Superior de Física y Matemáticas (ESFM) del IPN. Mejor dicho, como se va a desprender de lo que sigue, tuve la inmensa *fortuna* de pertenecer a la generación 64-67 de la Escuela. Con *la Escuela* me referiré a la ESFM. La generación 64-67 fue la cuarta generación, lo cual significa que mientras nosotros cursábamos nuestro primer semestre en febrero de 1964, los estudiantes más avanzados cursaban el séptimo semestre. La nuestra fue, sin duda, una generación muy singular; una muy grande que contrastaba con las generaciones anteriores, cuyos miembros en cada una de ellas se contaban con los dedos de una mano. El tamaño y la composición de la generación 64-67 no fueron casuales. Hubo una gran apertura de parte de las autoridades de la Escuela para recibir estudiantes, sin importar el lugar de procedencia ni el tipo de bachillerato (técnico o universitario) que hubiésemos cursado. En esa época esto no era así en otras escuelas superiores del Politécnico, ni en las facultades de la UNAM, aunque en ese entonces yo ignoraba todo esto. Yo había cursado un bachillerato universitario en la entonces Universidad de Sinaloa y empecé a hacer mis trámites, por noviembre de 1963, para ingresar en la Facultad de Ciencias a la carrera de Físico (o Matemático), de cuya existencia me había enterado por una guía de carreras. Por ese entonces, un amigo y paisano me sugirió ir a conocer la «ciudad politécnica» (los letreros de los camiones así anunciaron durante un corto tiempo a la Unidad Profesional Zacatenco del IPN). En esa visita me enteré de la existencia de la Escuela. Cuando solicité informes, me atendió personalmente el Subdirector de la Escuela quien fue extremadamente amable, no vió problema en revalidarme mi bachillerato y hasta me ofrecieron

café. De la generación surgieron muchos matemáticos notables, como Ernesto Lacomba, Juan Francisco Corona y Saúl Hahn Goldberg entre otros; también tuvo líderes estudiantiles notables como Raúl Álvarez Garín y Aurelio Canales, entre otros.

Manolo Meda no sólo nos impartió muchos cursos de la licenciatura, sino que era el Jefe del Departamento de Matemáticas y como tal era quien determinaba las políticas académicas del mismo. Durante su gestión contrató a muchos profesores, sin cuya presencia el Departamento no hubiese sido lo que fue. Cito, en orden cronológico, unos pocos pero muy importantes: Juan José Rivaud, Eugenio Filloy, Ignacio Canals y Harold V. McIntosh.

Muy desde el principio, Manolo hubo de sortear serios problemas. Él siendo egresado de la UNAM y el hecho de que se contrataran profesores egresados de la UNAM no fue visto con buenos ojos en ciertos círculos politécnicos y esto fue aprovechado por personajes encumbrados, pero poco escrupulosos. Hay una historia negra, una confabulación que se desarrolló en 1965 la cual no prosperó, pero que en cambio fortaleció los lazos entre profesores (con Manolo ocupando una posición central) y los estudiantes, especialmente los de nuestra generación que entonces cursábamos el tercer semestre. Raúl Álvarez Garín, quien, por cierto, jugó un papel clave, pertenecía al Comité Ejecutivo de la Sociedad de Alumnos, que ya entonces, tenía un carácter democrático, rechazando todo nexo con la corrupta Federación Nacional de Estudiantes Técnicos (FNET).

Manolo fue un gran jefe de Departamento: los matemáticos de esa generación fuimos hijos académicos de Manuel Meda Vidal, quien fue objeto de admiración por sus notables características de líder, sus auténticos valores académicos y desde luego, por su sentido del humor y sus frases ingeniosas que empataban con su gran estatura y su portentosa voz.

Él sentía un especial afecto por nuestra generación y así nos lo manifestó de manera explícita con su muy peculiar estilo, algo que reservo para el siguiente apartado.

Valores académicos, lecciones de vida y sentido del humor

Recuerdo un examen parcial de un curso que nos impartía Manolo; me faltaba sólo una pregunta en la que había que demostrar la convergencia de cierta serie. La dificultad era que no había estudiado los criterios de convergencia de series y el único de que disponía era el criterio de Cauchy. Me daba cuenta que el problema no se veía nada fácil desde esta perspectiva y que, en cambio, debía resultar fácil aplicando el criterio adecuado. Pero como disponía de una hora completa, pensé que no perdía nada intentándolo con el criterio de Cauchy y así lo hice. Un

par de días después estaba tocando la puerta del cubículo del profesor Meda para conocer mi calificación.

¡Tiene usted diez! — me dijo con su gran voz.

Estaba a punto de salir, cuando el grito de ¡¡Riestra!! me hizo regresar.

Dígame, maestro — dije tibiamente, anticipando su regaño.

Ese último problema lo resolvió usted a patadas. ¡A patadas! — me espetó.

He de confesarle que no había estudiado lo suficiente . . . sólo recordaba el criterio de Cauchy para series . . . — le dije.

¡Ya me había dado cuenta! — me dijo en un tono de fingida suavidad.

Yo sabía que había realizado una pequeña proeza. Pero entendía que no me iba a felicitar por no haber estudiado lo suficiente. También supuse que quería sacarme indirectamente la información de que realmente no había estudiado y dependía del criterio de Cauchy. A Manolo no le gustaba que uno jugara a hacerse «el genio».

Materia aparte, hay que considerar la contratación de Harold V. McIntosh, experto en Computación y Química Cuántica. Ahora esto se dice fácil, pero en 1966 (y durante muchos años después) dominaban los matemáticos puros y la matemática aplicada era considerada de *segunda*. Por añadidura, unos años atrás, Mac, como le decíamos afectuosamente, a raíz de un altercado con Solomon Leftchetz, era mal visto en el Departamento de Matemáticas del Cinvestav, donde Manolo había obtenido su Maestría en Ciencias, así que Manolo tuvo que sortear ventarrones cargados de prejuicios. Un personaje importante y muy respetado, después de hacer alusión a las supuestas *preferencias* de McIntosh, le dijo a Manolo ¿No le preocupa que va a tener *alumnos*? Manolo le respondió que igual le debería preocupar que un profesor X tuviera *alumnas*. Y aclaró «creo que para eso se necesitan a dos personas». Esto nos lo relató Manolo a Juan Corona y a mí, mostrándonos su gran criterio y regalándonos una lección de vida. Con anterioridad, Manolo nos había comentado el impresionante curriculum académico de Mac. El defender la presencia de McIntosh en el Departamento, constituyó un gran acierto de Manolo y un ejemplo, de cómo él, siendo un matemático puro, tuvo una visión progresista y avanzada para beneficio no sólo del Departamento de Matemáticas, sino de la Escuela, pues Mac interactuó con ambos Departamentos, el de Matemáticas y el de Física.

Cuando en 1967, habíamos de escoger el padrino de la generación, los *matemáticos* naturalmente queríamos que fuese Manolo Meda, pero los *físicos* no estaban de acuerdo. La decisión salomónica fue elegir a McIntosh. Y fue muy buena elección, pero nosotros sentíamos que le habíamos fallado a Manolo. No recuerdo de quién fue la idea, pero una vez pasada la ceremonia y baile de *graduación*, le hicimos nosotros,

los *matemáticos*, un festejo. Después de la cena, se dirigió a nosotros con estas palabras festivas «muchachos, habría que lavar con jabón el español para que no se entendieran mal algunas palabras, porque quiero decirles que yo estoy enamorado de esta generación, de todos ustedes». Todos estábamos encantados.

Regresándome a los recuerdos de los primeros semestres, aflora el que ahora evoco. Manolo solía conversar con sus alumnos, extra clase. Algunas veces al terminar su jornada. En una de esas ocasiones, conversando con él lo acompañamos hasta donde estaba estacionado su auto, un VW sedán para un hombre cuya estatura pasaba del metro noventa.

¡Profesor! ¿cómo puede Ud. caber en un VW? — comentó incrédulo alguno de nosotros, mientras él se acomodaba adentro.

¡El que no cabe es el de atrás! — exclamó con una voz que parecía contener a duras penas una carcajada, mostrando su sonrisa traviesa y haciendo gala de que tenía el asiento recorrido todo lo que daba hacia atrás.

Epílogo

Por el año 1996, Manolo organizó una comida en su casa, cuyo propósito era reunirnos a Raúl Álvarez Garín y a mí quienes no nos veíamos desde hacía años. Un gran regalo de nuestro amigo y maestro Manolo. Yo le correspondí, dedicándole un ejemplar de mi tesis doctoral que había sido publicada un año antes en extenso en la serie inglesa Pitman (*A generalized Taylor's Formula for functions of several variables and certain of its applications*. Pitman Research Notes in Mathematics Series **329**). El mensaje era claro «Manolo me he tardado, pero finalmente no he defraudado la confianza que tenías en mí». Fue un momento en el que compartimos una gran satisfacción.

Puesto que mi tesis doctoral fue dirigida por Juan José Rivaud, quien fue mi profesor en la licenciatura (gracias a que Manolo lo había contratado) y de quién fui ayudante (gracias a que Manolo nos contrató a Juan Corona y a mí en esa calidad), me regreso a mi afirmación inicial de que tuve la inmensa fortuna de haberme inscrito en 1964 en la Escuela, donde Manolo era el Jefe del Departamento de Matemáticas.